



UN TEXTO OLVIDADO DE AUGUSTO FERRÁN

EUGENIO COBO

Autor de libros de poesía, de historia y de flamenco. Crítico de literatura y de flamenco

Resumen

Las colecciones costumbristas sobre tipos populares son abundantes en el siglo XIX español. Rescatamos aquí un texto aparecido en *Los españoles de ogaño*, del poeta Augusto Ferrán sobre la figura del cantaor, y no incluido en las ediciones de su obra.

Palabras clave: costumbrismo, cantaor, Augusto Ferrán.

Abstract

The manners collections on popular types are abundant in the Spanish XIX century. We rescue here a text that appeared in *Los españoles de ogaño*, by the poet Augusto Ferrán on the figure of the cantaor, and not included in the editions of his work.

Keywords: Manners, flamenco singer, Augusto Ferrán.

Fecha de recepción: 12/11/2021

Fecha de publicación: 01/01/2022

Un texto ignorado de Augusto Ferrán.

Varias son las colecciones que sobre tipos populares se publican en España durante el siglo XIX, aparte de artículos de costumbres que incluyen en sus libros escritores como Ramón de Mesonero o Antonio Flores.

La curiosidad por el costumbrismo se despierta en las décadas de los treinta y cuarenta, o sea, en el auge del romanticismo en nuestro país. Entre 1840 y 1842 se publica en Francia *Les français peints par eux-mêmes*, que alcanzó un gran éxito. El modelo se copia en España con los dos volúmenes de *Los españoles pintados por sí mismos*, aparecidos en 1843 y 1844.

En 1859 sale a la venta *Los valencianos pintados por sí mismos*, y a partir de los setenta aparecen nuevas colecciones. La que nos interesa ahora es *Los españoles de ogaño*, concretamente el segundo volumen, que Victoriano Suárez publica en 1872. Tenemos aquí dos colaboraciones del poeta madrileño Augusto Ferrán: “El cantador” (pp. 32-42) y “El poetastro” (275-283). Ninguno de los textos va incluido en las *Obras completas*, de Ferrán, que publicó en 1969 Espasa Calpe. Tampoco la muy reciente biografía que de Ferrán incluye el *Diccionario Biográfico*, de la Real Academia de la Historia, hace alusión a estos trabajos.

En la numerosa nómina de colaboradores de *Los españoles de ogaño* figuran escritores tan notables en la época como Esteban Collantes, Ramos Carrión, Sepúlveda, Frontaura, Palacio, etcétera. Y el maravilloso texto “Aquel”, del gran portento del XIX español: Benito Pérez Galdós.

Quitando alguna traducción de Heinrich Heine, creo que esos dos artículos son lo último que publicó Augusto Ferrán. Meses después se va a vivir a Chile.

Y pasemos al texto “El cantador”, que de seguro interesará a los aficionados a la historia del flamenco.

Para empezar, hace un retrato físico y moral muy detallado:

No es alto ni bajo; su cara es vulgar, frente mediana que estrecha el cabello negro peinado sobre las sienes hacia delante, ojos pardos y vivos, boca algo ancha, de labios gruesos y rectos casi; aspecto un tanto orgulloso, andar un mucho arrogante; viste sombrero hongo, chaqueta corta de felpa negra, camisa entre sucia y limpia, con sus imprescindibles gemelos y botones en el cuello y la pechera, faja oscura, pantalón claro y ceñido, y calza botitos de charol, siempre de charol. Fuma sin cesar cigarrillos o puros. Es alegre, amable; quiere ser decidor y valiente; está de continuo como inquieto y violento, no sé si por naturaleza, por costumbre o por sistema; se mueve con mayor desasosiego en cuanto mira a una mujer, y se olvida de sí mismo en cuanto una mujer lo mira; tiene pendencias cien veces al día, por supuesto de palabra y con quien puede tenerlas; habla con cierta autoridad de toros, del *querer*, del *cante*, de caballos, de otras muchas cosas y ¡hasta de política! y, después de todo esto, canta unas veces bien, otras mal, pero canta dos, cuatro, ocho, diez y seis horas seguidas sin alentar apenas, con tal que no falten buenas tajadas, vino mediano, malo o exquisito, puros cualesquiera, y jaleo, y algazara, y regodeo, y cierta esperancilla de que al día siguiente Dios o la Virgen o el Diablo (tres divinidades en quienes

alternativamente cree), o algún mortal aficionado a lo *flamenco*, le tiendan la mano, del todo no vacía, y den a su cuerpo veinticuatro horas más de alegre tregua.

Pues ya tenemos perfilado el carácter de nuestro hombre. No olvidemos, ni por un momento, que nos encontramos en 1872.

Ahora, otro aspecto. El trabajo está para un artista flamenco en Madrid. Pero... ha de ser andaluz:

Forzosamente ha de ser, y lo es de seguro, andaluz; ha de venir y viene a la corte de aquella hermosa Andalucía, donde se cría todo lo bueno, todo lo lindo, todo lo inquieto, todo lo salado y lo dulce, exageración que, sea dicho de paso, debe considerarse como una verdad exagerada, mas siempre como una verdad.

Es andaluz, ¡pero nunca de Jaén! Por lo tanto, cecea y se sorbe una porción de letras, y hace muecas y gestos particulares al hablar, y al andar, y cuando está sentado, y yo creo que hasta mientras duerme.

¿Cuáles fueron su infancia y sus primeros pasos en la vida hasta llegar a ser cantaor profesional? Veámoslo:

A los doce años, y éste es un dato precioso, el cantador, presente hoy y entonces futuro, que tenía ya buena voz, buen oído y gran afición a todo lo *flamenco* y bullicioso, descalabró seriamente a un muchacho de su misma calle, y estuvo medio mes fuera de su casa, en compañía de una vecinita, a quien explicó con la práctica dónde estaban los árboles sin guardas que dan la fruta mejor y más barata, dónde los forasteros que sueltan los reales por tal o cual favor, dónde las tabernas y meriendas en que, por echar unas coplas, se gana comida, bebida y algún dinero, y le explicó también dónde estaban otras muchas cosas de verdadero interés para ambos y de ninguno para mis supuestos lectores.

Ve, atisba al menos, que puede tener cierto éxito cantando, que puede ganarse la vida como cantaor. De momento, se queda por su Andalucía:

Abandonó el pueblo natal, en vista de que todos le elogiaban su canto de seguidillas, malagueñas y soledad, de que él creía merecer los elogios, y de que, en efecto, la gente se quedaba con la boca abierta en cuanto él abría la suya para entonar cualquier cantarillo.

Abandonó, pues, su pueblo persiguiendo la buena suerte, y recorrió algunas ciudades de Andalucía donde, en los cafés, en las tiendas de montañeses, en las bodas, en los bautizos, en las meriendas de campo y en toda fiesta alegre, se presentó, llamado o distraído, arrebatando con su canto y sus cantares a las gentes que le colmaban de plácemes y de aplausos ruidosos y alguna vez de <<otras pequeñeces que arman menos ruido, pero que se pegan más al cuerpo>> conforme dice él mismo.

Así fueron pasando los días entre vicios y virtudes, alegrías y pesares, y el cantador, que ya lo era de profesión, seguía viviendo, si no con el desahogo deseado, al menos sin ahogarse por completo, olvidando el ayer, pensando en el hoy, y no acordándose ni un momento del día de mañana; siempre dispuesto a comer, a beber, a jugar, a querer con toda su alma, y a pedir un duro cuando no dos, pero en cambio dispuesto siempre también a cantar hasta quedarse ronco y, sea dicho en honor suyo, a prestar dos pesetas, si tenía un duro, a cualquier amigo que no las despreciara y pudiera un día devolverle igual favor.

Y por fin, el salto. Ya se encuentra suficientemente rodado y tiene mayores expectativas:

Oyó decir mi hombre que en Madrid el *cante flamenco* estaba en boga, y que los cantadores eran bien recibidos y mejor pagados.

(...) Ante todo, hizo sus visitas. Vio a tal torero, que era su compadre, a este amigo íntimo de Sevilla que le debía dos duros, a aquel paisano que vendía en un tabernucho boquerones fritos no se sabe cuándo ni en qué provincia, y por mediación de éstos conoció a Juan, muy dado al toreo, a Luis, andaluz nacido en Madrid, a Pepe, renombrado justamente por sus patillas y apostura y también por su inclinación al juego y a las mujeres y su fortuna entre ellas, y a un sinnúmero de gente templada, cuya afición a lo *flamenco* era decidida y dominaba a las demás aficiones, tan numerosas y variadas como personajes conoció el recién venido.

Y parece que ha llegado con buen pie a la capital, pues enseguida encuentra quien le contrate:

A los pocos días de estar en Madrid, no sé cómo, ni importa saberlo, hizo el cantador su ajuste en un café de los barrios extremos, ajuste que si no bajaba de medio duro tampoco subía de veinte reales, con la precisa condición de cantar desde las ocho de la noche hasta la una de la madrugada y vio por lo tanto colmados sus deseos, considerándose el hombre más feliz del universo.

Y esto no quiere decir que viviera con holgura, pues al contrario, sino fuera por lo que tienen los demás, nada o muy poco tendría él. Con ello cuenta, aunque no siempre le salgan bien sus cálculos, pero lo cierto es que no se muere de hambre, ni de sed, ni de frío, ni de calor, ni de otras cosas para él tan precisas como éstas. En cambio, se muere muy aprisa de todas ellas juntas, porque de ellas goza, en cuanto puede, con exceso, y abusa locamente del beber, del comer, del frío y del calor, del calor sobre todo...

Augusto Ferrán va al café a ver al cantador. He aquí su descripción:

Allí está, sentado detrás de aquella mesa junto al tocador de guitarra (conviene ahora advertir que un cantador *comm'il faut* no se acompaña nunca); sobre el mármol hay vasos, copas y botellas, jamás vacíos; alrededor hombres y mujeres, una especialmente morena y grave, que se olvidan de todo, al escuchar

aquella melodía extraña, menos de beber, de fumar y de batir de vez en cuando las palmas; más lejos, mucha gente que habla, bebe, ríe, escucha, sale, entra, aplaude y sigue bebiendo.

Conviene advertir que la morena grave de hoy ocupa el lugar de la rubia de mañana. Las dos son aficionadas... al cantador.

Ya comienza el gran espectáculo. Emoción.

¿Mas no oís la guitarra? ¿Qué acordes son esos extraños y a la vez tan triviales, tan sencillos y al mismo tiempo tan complicados, tan nuevos y a la par tan desconocidos? ¿Qué mezcla es ésa de rasgueado lento unas veces, rápido otras, siempre ampliamente melodioso, siempre vibrante cual campana de oro por la piedra herida, siempre muriendo sin expirar de veras, y de punteado breve y seco como el puñal más fino y brillante, alegre y burlón como las ondas pérfidas en el fondo y a la superficie risueñas, mudo y quieto de repente y de pronto inquieto y bullicioso? ¿Qué armonía es ésa de la que se burlan casi todos y a todos conmueve, porque tiene notas de recuerdos, de realidades y de esperanzas; porque parece un eco de lo pasado de donde va a brotar el grito de lo porvenir, porque recuerda una verdad real o una mentira soñada como si fuera verdad?

¡Pero silencio! Ya entre la turba que alrededor mío bulle y se ríe con estrépito, de repente cesa todo ruido.

Un lamento casi apagado, pero vibrante y tenazmente largo, impone silencio en el bullicioso café.

Es el cantador que se *entona*. Unos momentos más, y dentro del salón resuena una voz temblorosa, áspera, aunque no desagradable, que, casi sobre el mismo tono, tan insensiblemente pasa de una nota a otra, despeja el aire impuro de aquel recinto, llenándolo de armonía misteriosa mezclada con los acordes tristes y alegres de la guitarra despierta.

El cantador canta, y con la cucharilla de estaño marca, golpeando suavemente el mármol de la mesa, un compás raro y mil veces interrumpido.

Canta la soleá.

Ahora viene ya lo que tanto le gusta a Ferrán: las coplas.

Del canto monótono al parecer, pero dulcemente monótono como la alegría duradera, como el pesar profundo después del liviano deleite, como la pereza pensadora después de la actividad precipitada, nada quiero ni me atrevo a decir; de los cantares, aunque no tengan fin estas páginas, algo quiero recordar.

El cantador canta la soledad.

Soñé que caía muerto
y que, al caer, me abrazaba
a la sombra de mi cuerpo.

Y la guitarra cambia de tono y resuenan estas malagueñas:

En medio de mis recuerdos
aún me queda una esperanza:
sé, pero lo sé de veras,
que los recuerdos se acaban.

Y después un compás más lento, penoso y largo como la misma pena, calma de pronto la algarabía que por un instante turbara aquel salón reluciente, abigarrado e incomparable.

Vibra pausadamente la guitarra y el cantador exclama con acento no muy fuerte y tembloroso:

Cuando estás dormida,
si miro tus ojos,
no sé qué siento, porque me parece
que hablas y no te oigo.

No des, como el santo,
media capa al pobre.
Dásela toda... Si al pobre le sobra,
¡deja que le sobre!

Son seguidillas *gitanas*: la antigua *caña* y el *polo* más moderno, magistralmente reformados. Es lo *bondo* del *cante flamenco*, es lo más profundo, pero más claro y sonoro y viviente, por decirlo así, de todas las melodías populares conocidas hasta hoy.

Es un recuerdo del canto árabe, salvaje e independiente y largas noches comprometido (sic) en el desierto, cantado ahora mismo por un hombre casi ebrio y sin reflexión en medio de la multitud fingidamente alegre y bullidora e irreflexiva, ebria también de humo, de gas y de alcohol...

Al oír los preludios de una habanera, abandoné aquella taberna elegante, llamada café, y nunca más he vuelto a saber del cantador.

Para terminar, no podía faltar la pullita al cantaor profesional, cosa no rara en la época.

Sé con certeza que un hombre como ése, que vive indiferente día y noche dentro de toda clase de excesos y de vicios, tan inútiles como inmotivados, vive mal y poco, y muere peor y muy deprisa.

Algunas veces, yo que tanto admiro y venero esas melodías populares, comprendidas y bien interpretadas generalmente por los que no comercian con ellas, al recordar que el canto más profundo y expresivo es escuchado entre insulsos e indecorosos gritos de estúpida alegría; al pensar que esos *trovadores* de oficio, otra variedad de los usureros del arte, insensibles e insensatos, no sienten lo que cantan, ni saben lo que dicen, y estropean lo que dicen y cantan; en que son por fuera como las olas inútiles, y por dentro como el aire más inútil aún que las agita sin cesar, se me ha antojado preguntarme a mí propio con cierto sentimentalismo, que recomiendo, acaso por lo insulso, a mis lectores:

¿Por qué ha de haber tan pocos ruseñores y tantísimo canario?

De Augusto Ferrán sabemos poco; principalmente lo que cuenta su amigo Julio Nombela en *Impresiones y recuerdos*, que reeditó en 1976 la editorial Tebas. Los que han escrito después de Nombela, lo copian sin aportar prácticamente nada sobre su vida. Pero parece seguro que Augusto Ferrán no trató a la gente del flamenco. Siendo así, ¿por qué aventura Ferrán que los cantaores no sienten lo que cantan, ni saben lo que dicen?

Como diez años después, el editor Juan Pons publicó *Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos*, obra dirigida por Nicolás Díaz de Benjumea y Luis Ricardo Fors. No lleva fecha de edición, pero sí sabemos que *La Ilustración Española y Americana* da noticia de haber recibido el primer cuaderno de la voluminosa obra en su número de 30 de mayo de 1882. Y en ésta encontramos en último lugar “El cantaor de flamenco” (pp. 799-804), de Francisco de P. Monroy, de parecido carácter al texto de Ferrán. No me he podido enterar de quién sea este sujeto. En la Biblioteca Nacional no aparece ninguna obra suya.